

Filosofía a diario o la escritura filosófica en periódicos: el caso de Ortega y Gasset

Felipe Espinoza Villarroel

A la memoria de Humberto Giannini

*Decir de mis libros es que propiamente no son libros.
En su mayor parte son mis escritos,
lisa, llana y humildemente,
artículos publicados en los periódicos
de mayor circulación de España.*

José Ortega y Gasset

Introducción: Gianni Vattimo y la filosofía en los periódicos

En una entrevista concedida a un periódico italiano, el filósofo Gianni Vattimo parte de la siguiente premisa: escribir en periódicos les parece a los filósofos “tradicionales” un descrédito. No deja de llamar la atención, por lo demás, que tal reflexión provenga de alguien que ejerce el oficio filosófico desde la tribuna de la prensa de circulación nacional.

Motivos para lo que refiere Vattimo los hay y de sobra: económicos y ideológicos, además de la cuestionada valía de una escritura que se desarrolle en formato periodístico. No obstante, y apuntando a lo medular, el filósofo no vislumbra una diferencia sustantiva entre su desempeño académico en el aula y lo que pueda reflexionar y publicar en un diario. Es más: muchos de los denominados “hombres de la cultura” justifican su presencia en los medios a partir del prestigio social que han alcanzado desde sus personales competencias. El mismo Vattimo señala que se siente autorizado para ejercer la filosofía porque se considera un filósofo “apreciado” y porque a su labor filosófica le debe la nombradía alcanzada. Es en este punto en que el pensador italiano instala su visión sobre la filosofía y el *quehacer* filosófico.

Vattimo publica en periódicos, tal como lo han hecho otros filósofos habitantes de la academia y de lo público. Sin embargo, escribir en medios masivos generalmente ha sido mirado con desdén por los colegas. La filosofía, debido a su tendencia a “mirarse el ombligo”, condena a aquellos que escriben para la gran masa, ajena al ámbito universitario. Mas, ¿acaso no estamos capacitados y llamados –no sólo filósofos, sino *humanistas* en general– a ejercer el denominado oficio de “opinadores”? Si bien hay en la filosofía una exigencia estricta respecto de atender la propia tradición filosófica y su pasado, esto último no implica, creemos con Vattimo, que se deba limitar la discusión exclusivamente al recinto “aurático” del aula universitaria.

Más aún: Vattimo considera el hecho de la *especialización* filosófica muchas veces como defectuoso debido a la “pérdida de alma” que ocurre cuando se deja de dialogar con todo lo que podríamos denominar como *extrafilosófico*. Ámbitos relacionados con lo social, la labor de divulgación y la política, entre otros, son distintas formas de intervenir en un mundo más allá del contexto compartido por alumnos y académicos universitarios.

Por tanto, el hecho de habitar ambos mundos, el masivo y el académico, le abre al filósofo la posibilidad de entrar en franca comunicación, de pensar en diálogo con la diversidad, y así, de sentirse implicado en un proyecto de transformación mayor de lo humano, que se relaciona precisamente con el ejercicio filosófico compartido. Porque la filosofía, afirma Vattimo, también sirve para saber *cómo estar mejor* con los demás.

El caso de Ortega y Gasset

Hablar de José Ortega y Gasset, al día de hoy, perfectamente puede parecer anacrónico. Filósofo habitualmente despreciado por los propios filósofos y los estudiantes, ni siquiera mal leído sino que derechamente *ninguneado* por colegas y público general, nos ha legado una obra que en su totalidad supera las seis mil páginas. Dato no menor para uno de los pocos pensadores que escribió y pensó en castellano, situación inédita dentro de una tradición que acostumbra pensar casi exclusivamente en alemán y francés. Sabemos de la relevancia en filosofía del lenguaje y cómo un pensamiento es capaz de encarnarse en una lengua; pues bien, con Ortega, asistimos al caso de un filósofo que escribe en un español refinado, sencillo y agudo a la vez, que da vida a una obra contundente.

De allí que la ignorancia respecto de su obra constituya un vacío filosófico no menos grave. Hay una larga deuda que saldar con este pensador, y me parece que el tópico de la filosofía en los periódicos constituye una primera instancia de reivindicación.

Ortega y la circunstancia

Debe partirse de que la escritura de Ortega en periódicos se explica a partir de su propio pensamiento: el hecho de escribir en la prensa entonces no es fruto del azar o del capricho, pues se justifica a partir del concepto orteguiano de reflexión filosófica:

“Yo soy yo y mi circunstancia” [...] mi obra es un caso ejecutivo de la misma doctrina. Mi obra es, por esencia y presencia, circunstancial. Con esto quiero decir que lo es deliberadamente, porque sin deliberación, y aun contra todo propósito opuesto, claro es que jamás ha hecho el hombre cosa alguna en el mundo que no fuera circunstancial. Esto es precisamente lo que el lema citado manifiesta [...] Mi vida consiste en que yo me encuentro forzado a existir en una circunstancia determinada [...] Vivir es haber caído prisionero de un contorno inexorable (VI, 347).

Desde la circunstancia emerge la pregunta por el “ser”, unida indefectiblemente al “hacer” de cada cual: “... ¿qué se es, amigos, qué se es? Se es lo que se hace. El hombre se pasa la vida haciendo esto o aquello, porque la vida no consiste en otra cosa que en el repertorio de nuestros haceres. Esto diferencia al hombre de todos los demás seres” (VI, 348) De esta forma, hacer y ser adquieren el carácter de urgencia en términos de lo que nos demanda el proyecto vital de cada cual y cómo le damos forma y cauce: “En cada instante, queramos o no, tenemos que decidir lo que vamos a ser, esto es, lo que vamos a hacer en el siguiente. Al hacer algo, lo que verdaderamente hacemos es nuestra vida misma, puesto que la hacemos consistir en esa ocupación” (VI, 348).

La circunstancia acompaña al hombre en su trayecto vital, hecho que signará a ámbitos como el del pensamiento y su proyección existencial: “Le duele al hombre ser de un tiempo y de un lugar, y la quejumbre de esa adscripción a la gleba espacio-temporal retumba en su pensamiento bajo la especie de eternidad. El hombre quisiera ser eterno precisamente

porque es lo contrario” (VI, 348). Es tan radical el peso de la circunstancia que Ortega se niega a cualquier asomo de abstracción al momento de referirse al “hombre”, precisamente por su condición humana y circunstancial: “...yo no he sido nunca presentado a ese señor que se llama ‘el hombre en general’. Yo puedo escribir sobre él, como puedo escribir sobre el ornitorrinco, pero no puedo escribirle a él. No conozco al ‘hombre en general’, no sé quién es, y en la medida en que sospecho quién es, he procurado evitarlo siempre” (VIII, 19).

La circunstancia como posibilidad de vida auténtica

Ligado a la circunstancia se encuentra el anhelo de vivir una vida *auténtica*, en consonancia con el programa vital de cada cual: “La circunstancia es [...] lo más próximo, la mano que el universo tiende a cada cual y a que hay que agarrarse, que es preciso estrechar entusiastamente si se quiere vivir con autenticidad” (VIII, 54). Todavía más: si no somos capaces de atender a nuestro entorno circunstancial, lo más probable es que naufraguemos como seres humanos: “...el hombre no puede salvarse si, a la vez, no salva su contorno” (VIII, 56). Por ende, el verdadero desafío humano consistirá en asumir la circunstancia personal para, desde ella, ser libre y creativo: “El sentido de la vida no es, pues, otro que *aceptar* cada cual su inexorable circunstancia y, al aceptarla, convertirla en una creación nuestra. El hombre es el ser condenado a traducir la necesidad en libertad” (VIII, 40).

En este hacer-ser circunstancial, se instala la cuestión de la vocación personal y el afán que la guía: “Mi vocación era el pensamiento, el afán de claridad sobre las cosas” (VI, 350-1); así, “...se fundieron en mí la inclinación personal hacia el ejercicio pensativo y la convicción de que era ello, además, un servicio a mi país. Por eso toda mi obra y toda mi vida han sido servicio de España” (351).

El ejercicio del pensar. Ortega y los intelectuales

Refiriéndose a lo que propiamente constituye el “pensar”, Ortega afirmará: “...es el pensamiento el señorío esencial del hombre sobre sí, y no la voluntad” (VI, 352). Mediante un gesto metafilosófico, reflexionando

sobre su propio pensar, el filósofo justifica su quehacer intelectual y sus peculiares rasgos: “Hacia ese señorío de la luz sobre sí mismo y su contorno quería yo movilizar a mis compatriotas. Solo en él tengo fe; solo él realzará la calidad del español y le curará de ese sonambulismo dentro del cual va caminando siglos hace” (VI, 352).

¿Qué sería entonces propiamente el pensamiento en términos orteguianos?: “...no es la función de un órgano, sino la faena exasperada de un ser que se siente perdido en el mundo y aspira a orientarse” (VI, 351). De esta forma, Ortega vincula el pensamiento con la situación existencial del hombre, relación en la cual el primero es “deudor” de la segunda, y no a la inversa. Al vincularse con la vida y la convivencia humanas, la orientación intelectual del filósofo alcanza ribetes éticos indesmentibles:

El decir, el *lógos* no es realmente sino reacción determinadísima de una vida individual. Por eso, *en rigor*, no hay más argumentos que los de hombre a hombre. Porque, viceversa, una idea es siempre un poco estúpida si el que la dice no cuenta al decirla con *quién* es aquel a quien se dice. El decir, el *logos* es, en su estricta realidad, humanísima conversación, *diálogos-hiákofoq-*, *argumentum hominis ad hominem*. El diálogo es el *logos* desde el punto de vista del *otro*, del prójimo (VIII, 17).

Dentro del pensamiento hay una primacía de lo filosófico que puede resultarnos chocante; mas tal predominio apunta a destacar no la filosofía como “superior” a otras formas de reflexión, sino su condición de aventura, camino y riesgo: “Pensamiento propiamente tal no hay más que uno: el filosófico. Todas las demás formas de la intelección son secundarias, derivadas de aquella, o consisten en limitaciones más o menos arbitrarias de la aventura filosófica” (VI, 351).

De hecho, para descartar cualquier gesto discriminatorio entre los filósofos y el resto de la sociedad, es atendible señalar la postura de Ortega respecto de los llamados intelectuales: “En la medida en que yo puedo ser anti-algo, yo he sido antiintelectualista” (VI, 352). Tal postura además tiene una raigambre profundamente filosófica y que conecta con la primacía de la mencionada circunstancia: “...he polemizado constantemente contra el intelectualismo, que es la raíz del idealismo. Por eso he sido y soy enemigo irreconciliable de este idealismo que al poner el espacio y el tiempo en la mente del hombre pone al hombre como siendo fuera del espacio y del tiempo” (VIII, 40).

Desde tal postura, Ortega concluye el recelo español hacia lo intelectual, académico y libresco, que termina por justificar su escritura en periódicos:

En nuestro país, ni la cátedra ni el libro tenían eficiencia social. Nuestro pueblo no admite lo distanciado y solemne. Reina en él puramente lo cotidiano y vulgar [...] Quien quiera crear algo –y toda creación es aristocracia– tiene que acertar a ser aristócrata en la plazuela. He aquí por qué, dócil a la circunstancia, he hecho que mi obra brote en la plazuela intelectual que es el periódico (VI, 353).

Ortega atiende así a algo contingente, relevando nuevamente el papel de la circunstancia dentro de la vida humana: “...se han formado fuera de mi país núcleos de lectores que es preciso atender. Para actuar sobre ellos son menester armas de mayor calibre y alcance que artículos de periódico, aunque estos son hoy en todas partes un instrumento esencial” (VI, 353). Junto con lo anterior, el otro tópico recurrente del filósofo es el de la vida, el cual se relaciona además con todo tipo de labor cultural: “Toda labor de cultura es una *interpretación* –esclarecimiento, explicación o exégesis– de la vida” (VIII, 45). De esta manera, Ortega establece los límites de lo cultural dentro del quehacer humano: “La cultura –arte o ciencia o política– es el comentario, es aquel modo de la vida en que, refractándose esta dentro de sí misma, adquiere pulimento y ordenación”, no olvidando nunca que, como intelectual: “El hombre tiene una misión de claridad sobre la tierra” (VIII, 45).

El pensamiento de Ortega y el destino de España

A partir de lo anterior observamos que, como el mismo Ortega señala, su destino como pensador se hallaba unido al destino de España: “...Mi destino individual se me aparecía y sigue apareciéndome como inseparable del destino de mi pueblo” (VIII, 57), lo que reafirma la idea de la circunstancia no como mera abstracción sino como lo que se realiza en su propia persona: “La idea de que ‘el destino concreto del hombre es la reabsorción de su circunstancia’ no era para mí solo una idea, sino una convicción. Mis ideas no han sido nunca ‘solo ideas’” (VIII, 54). Llama la atención, además, que será el paso de Ortega por la academia filosófica

alemana el hecho que gatillará su convicción de ejercer la escritura en periódicos: "...de mis estudios en Marburg, en Leipzig, en Berlín, saqué la consecuencia de que yo *debía* por lo pronto y durante muchos años... escribir artículos de periódico" (VIII, 21).

El mismo Ortega se cuestiona la decisión tomada, y la contrapone al camino que la mayoría de sus colegas de pensamiento han tomado: el del libro y la publicación académica: "¿Por qué, con todas esas ideas en el cuerpo, no se dedicó usted a exponerlas adecuadamente, en libros compactos, técnicamente bien artillados, y, en vez de ello, se ocupó en escribir artículos de periódico?" (VIII, 54). Sin embargo, había algo superior ante lo cual el individuo Ortega debía responder como intelectual: España y su destino, coyuntura histórica frente a la cual se siente responsable y que visualiza como un espacio de ejercicio de autenticidad: "El destino es la única gleba donde la vida humana y todas sus aspiraciones pueden echar raíces. Lo demás es vida falsificada, vida al aire, sin autenticidad vital, sin autoctonía o indigenato" (IV, 350).

Ortega y la recepción de su obra

Enfrentado a la circunstancia de España y su destino, Ortega mira hacia su propia escritura filosófica y, al mismo tiempo, a sus potenciales lectores, en un ejercicio metafilosófico de extrema lucidez: "No hay grandes probabilidades de que una obra como la mía, que, aunque de escaso valor, es muy compleja, muy llena de secretos, alusiones y elisiones, muy entretijada con toda una trayectoria vital, encuentre el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla" (VI, 347). En consonancia con su idea de pensamiento "encarnado", para el filósofo es claro que en sus reflexiones los lectores encontrarán al ser humano que insufla de vida tales páginas: "Si el lector analiza lo que ha podido complacerle de mi obra, hallará que consiste simplemente en que yo estoy presente en cada uno de mis párrafos, con el timbre de mi voz, gesticulando, y que, si se pone el dedo sobre cualquiera de mis páginas, se siente el latido de mi corazón" (VIII, 17).

En este plano, nuevamente Ortega aprovecha la ocasión para criticar el desdén intelectual hacia el artículo periodístico, y agrega que tal prejuicio se convierte finalmente en una ceguera respecto del propio acontecer histórico: "El artículo de periódico es hoy una forma imprescindible del espíritu, y quien pedantescaamente lo desdeña no tiene la más remota

idea de lo que está aconteciendo en los senos de la historia” (VI, 353). Desde la tribuna de la prensa entonces, de un pensamiento destinado a ser leído por las grandes masas, es que su concepción acerca de las ideas y del ejercicio filosófico termina por justificarse:

...última, estricta y verdaderamente eso que solemos llamar “ideas”, “pensamientos”, no existe; es una abstracción, una mera aproximación. La realidad es la idea, el pensamiento de tal hombre. Solo en cuanto, emanando de él, de la integridad de su vida, solo vista sobre el paisaje entero de su concreta existencia como sobre un fondo, es la idea lo que propiamente es (VIII, 17).

Así, se desprende lo que podríamos denominar una “ética” lectora: “Esta ha sido la sencilla y evidente norma que ha regido mi escritura desde la primera juventud. Todo decir dice algo –esta perogrullada no la ignora nadie–, pero, además, todo decir dice ese algo a alguien” (VIII, 17). Hay una “puesta” que también es “apuesta” del intelectual que escribe y que sabe será leído por la gran masa, la cual es asumida como un “tú” con el que se entra en franco diálogo: “...todo proviene de que en mis escritos pongo, en la medida posible, al lector, que cuento con él, que le hago sentir cómo me es presente, cómo me interesa en su concreta y angustiada y desorientada humanidad” (VIII, 18).

Academia y vida pública. El rol de la prensa

Cabría preguntarnos, dado el panorama que Ortega presenta de España y de su destino, cuál sería la relación entre academia y vida pública, y cuál el rol que le cabría a la prensa en dicho vínculo. Al respecto, el filósofo español es claro, pues la prensa: “No solo necesita contacto permanente con la ciencia, so pena de anquilosarse. Necesita también contacto con la existencia pública, con la realidad histórica, con el presente [...] La Universidad tiene que estar también abierta a la plena actualidad; más aún: tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella” (IV, 352). Al mismo tiempo, la relación debe ser biunívoca, y el filósofo visualiza el diálogo entre lo público y la academia como instancia urgente y perentoria: “...también, viceversa [...] la vida pública necesita urgentemente la intervención en ella de la Universidad como tal” (IV, 352).

Al establecer entonces la necesidad de un diálogo entre existencia pública y vida académica y universitaria, Ortega se pregunta por el rol que le cabe a la prensa en ello, teniendo en cuenta sobre todo la indesmentible influencia y peso que esta última ha venido ejerciendo en la España de la época:

...hoy no existe en la vida pública más “poder espiritual” que la Prensa. La vida pública, que es la verdaderamente histórica, necesita siempre ser regida, quierase o no. Ella, por sí, es anónima y ciega, sin dirección autónoma [...] han desaparecido los antiguos “poderes espirituales” [Iglesia y Estado] [...] En tal situación, la vida pública se ha entregado a la única fuerza espiritual que por oficio se ocupa de la actualidad: la Prensa (IV, 352).

Tan poderosa influencia advierte Ortega en este “poder espiritual” hegemónico en el panorama español que, incluso, lo considera como el verdadero forjador de lo que podríamos denominar “conciencia pública”: “...la conciencia pública no recibe hoy otra presión ni otro mando que los que le llegan de esa espiritualidad ínfima resumada por las columnas del periódico” (IV, 352).

No obstante, y sin desconocer su innegable influencia dentro de la vida pública, al mismo tiempo el filósofo percibe el peligro inherente en adoptar cierta “lógica de periódico” como sociedad, pues acaba reinando sin contrapeso el imperio de la novedad:

...La vida real es de cierto pura actualidad; pero la visión periodística deforma esta verdad reduciendo lo actual a lo instantáneo y lo instantáneo a lo resonante [...] Cuanto más importancia sustantiva y perdurante tenga una cosa o persona, menos hablarán de ella los periódicos, y en cambio, destacarán en sus páginas lo que agota su esencia con ser un “suceso” y dar lugar a una noticia (IV, 353).

Ya en esa época Ortega percibe cierta decadencia generalizada producto de un cierto “modo de mirar” la realidad, situación atribuida a la hegemonía de la prensa como único poder espiritual: “No poco del vuelco grotesco que hoy padecen las cosas [...] se debe a ese imperio indiviso de la Prensa, único ‘poder espiritual’” (IV, 353). De ahí entonces que se haga perentorio el diálogo y la intervención de la academia, y de la

universidad particularmente, en la vida pública, necesario contrapeso al poder de la prensa:

Es, pues, cuestión de vida o muerte para Europa rectificar tan ridícula situación. Para ello tiene la Universidad que intervenir en la actualidad como tal Universidad, tratando los grandes temas del día desde su punto de vista propio [...] De este modo no será una institución sólo para estudiantes [...] sino que, metida en medio de la vida, de sus urgencias, de sus pasiones, ha de imponerse como un “poder espiritual” superior frente a la Prensa, representando la serenidad frente al frenesí, la seria agudeza frente a la frivolidad y la franca estupidez
Entonces volverá a ser la Universidad lo que fue en su hora mejor (IV, 353).

No obstante, no se trata de ir a contracorriente ni de que la prensa abandone el rol que le corresponde, sino que ante tal poder concurren otros: “... pido en consecuencia, no que la Prensa deje de ser un ‘poder espiritual’, sino que no sea el único y que sufra la concurrencia y corrección de otros. De uno, por lo pronto: la Universidad” (“Sobre el poder de la prensa” párr. 12). Esto se vuelve urgente y necesario atendiendo a la impronta que la lógica periodística termina imponiendo en una sociedad, la cual, si no presenta una contraparte dialogante, hegemoniza y uniformiza la convivencia humana: “La interpretación periodística es y será siempre la perspectiva de lo momentáneo como tal. Por mucho que colaboren en el periódico los universitarios, la perspectiva, tono, tendencias y modos dominantes serán los periodísticos [...] La interpretación universitaria de las ‘cosas’ es y será siempre la de acentuar en la actualidad lo no momentáneo” (“Sobre el poder de la prensa” párr. 12). El llamado concreto, por ende, es a instalar la reflexión en los medios de masas y a sacar a la filosofía de los estrechos y anquilosados muros de la academia: “Tenemos que pensar y escribir, no sólo para la ciudad, sino para el orbe. Es hora, pues, de sacudir los restos de provincialismo y montar las almas en más prócer disciplina. Hay que resolverse a pensar y a sentir en onda larga” (III, 449).

Coda: filosofía y periódicos en Chile. Presencia de Giannini

Para terminar, cabría preguntarse cuál ha sido la presencia filosófica en diarios de circulación nacional. Hace algunos años, la destacada filósofa

chilena Carla Cordua reunió sus columnas semanales en el inserto dominical del diario *El Mercurio* “Artes y Letras” bajo un sugerente título: “Descifrando la ocasión” (Catalonia, 2010), mas la presencia de nuestros filósofos en los medios tiende a la ausencia. Cabría preguntarse las razones de tal ausencia, lo cual excede los propósitos de este escrito pero al menos deja planteada la interrogante.

En la última semana de noviembre, nos enteramos de la partida del gran filósofo y maestro Humberto Giannini: vayan las precedentes líneas como un homenaje para quien miró hacia lo público y siempre intentó el diálogo entre la academia y el ciudadano de a pie.

Referencias

- Ortega y Gasset, José. *Obras Completas*, tomos III, IV, VI y VIII. Madrid: *Revista de Occidente*, 1964.
- . “Sobre el poder de la prensa”. *El Sol*. 13 de noviembre de 1930. <<http://www.seminariodefilosofiadelderecho.com/Biblioteca/O/prensa.pdf>>. Web. 2 Sept. 2014.
- Vattimo, Gianni. “Entrevista con Gianni Vattimo”. Entr. F. Colina y M. Jalón. *Salud mental y cultura*. 13 Mar. 1995: 105/495-(120)/510. <<http://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/viewFile/15441/15301>>. Web. 29 Sept. 2014.